

Antagonismos políticos y hostilidades afectivas en la Argentina de Milei

Political antagonisms and affective hostilities in Argentina under Milei's ruling



Agustina Falak
Licenciada en Ciencias Políticas por la Universidad de Buenos Aires y graduada por FLACSO Argentina en Opinión Pública y comunicación política. Maestranda en Comunicación Política por la Universidad Austral.
afalak@uba.ar
@agustinafalak
ORCID: 0009-0007-8061-7922



Ignacio Ramírez
Sociólogo por la Universidad de Buenos Aires y DEA en Comunicación, Cultura y Política por la Universidad Complutense de Madrid. Consultor político, docente universitario y Director del Posgrado en Opinión pública y comunicación política de FLACSO Argentina.
iramirez@flacso.org.ar
@nachoram
ORCID: 0009-0001-5791-524X

Cómo citar el artículo

Falak, Agustina y Ramírez, Ignacio (2025): «Antagonismos políticos y hostilidades afectivas en la Argentina de Milei». *Revista Más Poder Local*, 59: 124-140. DOI: 10.56151/maspoderlocal.272

Resumen

En este trabajo, los autores presentan los resultados de un estudio de opinión pública que llevaron adelante con el propósito de contribuir a la comprensión de la polarización afectiva que atraviesa a la sociedad argentina en tiempos de Javier Milei. A lo largo del texto, se presentan aproximaciones conceptuales del tema para luego desplegar un análisis empírico sobre diversas dimensiones constitutivas de la polarización afectiva. El artículo examina en clave comparada a los dos grandes electorados del país: los votantes de La Libertad Avanza y los votantes de Unión por la Patria, poniendo el foco sobre la asimétrica distribución de una emoción política particular: el odio. Además de producir y presentar evidencia empírica, los autores formulan una serie de reflexiones acerca de la polarización afectiva como gran estructuradora del espacio público contemporáneo y sobre su impacto en la convivencia democrática, impacto signado por la tensión entre los saludables desacuerdos ideológicos y las hostilidades afectivas perniciosas.

Palabras clave

Polarización política; polarización afectiva; segregación ideológica; partidismo negativo; hostilidad afectiva.

Abstract

The researchers present here the results of a public opinion study conducted to contribute to the understanding of the affective polarization that Argentinian society goes through during Javier Milei's era. Throughout the article, they first offer conceptual approaches in order to, afterwards, present an empirical analysis about the different dimensions of affective polarization. The authors compare two big constituencies in this paper: La Libertad Avanza voters and Union Por la Patria voters, focusing on the asymmetrical presence of one political emotion in particular: hatred. Apart from producing and presenting empirical data, the authors set out their thoughts on affective polarization as a constitutive part of contemporary public space, and its impact in democratic coexistence, considering the tension between healthy ideological disagreement and pernicious affective hostility.

Keywords

Political polarization; affective polarization; ideological segregation; negative partisanship; affective hostility.

1. Introducción

El 10 de diciembre de 2023 Javier Milei asumió la presidencia de Argentina, convirtiéndose en el primer presidente *outsider* y amateur de nuestro país. En virtud del carácter atípico de su trayectoria y de su estilo, desde su asunción como presidente se ha multiplicado el interés –en Argentina y en otros países– por intentar comprender al *personaje* y la eficacia electoral de sus estrategias. La curiosidad se expande y habilita abordajes muy diversos: la «extravagancia» de su estilo, el lugar de las redes sociales en la arquitectura de estos fenómenos políticos emergentes «por fuera del sistema», el rol de la agenda ideológica libertaria, el ascenso de las nuevas derechas extremas en el mundo, etc. Pero existe otro aspecto muy presente en las explicaciones de su triunfo, dentro del cual se enrolan los propósitos del presente artículo. Nos referimos a la gestión, expresión y representación de la ira, la indignación y una serie de afectos políticos que actuaron como protagonistas centrales de la trama que en poco tiempo sacó a Milei de un panel televisivo y lo llevó a la presidencia. Si bien nuestro texto no se propone abordar las causas que explican la victoria de Javier Milei, estamos convencidos de que su vertiginoso ascenso está estrechamente asociado con el contexto de polarización afectiva que respira la sociedad argentina desde hace muchos años.

Con la llegada de Javier Milei a la presidencia, la política argentina parecía dar un giro de 180°. Accedía al poder, por primera vez, un *outsider* dotado de una brevísima trayectoria política previa, de la mano de un partido con apenas dos años de existencia y sin requerir, para llegar a la Casa Rosada, de la estructura, apoyo formal o tutela de alguno de los dos partidos más tradicionales de la política del país: la Unión Cívica Radical o el Partido Justicialista.

El economista y líder de La Libertad Avanza se consagró como mandatario luego de una campaña electoral tan atípica como su propia apariencia, soporte central en su imagen pública. El foco de su posicionamiento y de su narrativa residió en el sonoro rechazo a «la casta», significativo organizador de su relato y con el que se refería a toda la clase política tradicional que, desde su óptica, buscaba mantener privilegios a costa de los «argentinos de bien». Para esta pelea, convocaba a «despertar leones» para que el país vuelva a recuperar la libertad, otro de los significantes más importantes de su retórica política. Este discurso fuertemente ideologizado y polarizante consiguió el favor del 56% de los electores en la segunda vuelta presidencial. Sin embargo, por más disruptivo que pudiera y pueda parecer Javier Milei en un sentido amplio (discursivo, estético, programático e ideológico), su aparición es también producto de la continuidad y profundización de una dinámica de la política argentina que lo precede: el agudizamiento de la polarización política fuertemente provista de hostilidades afectivas.

En este trabajo, nos proponemos presentar una serie de reflexiones y de datos que contribuyan con la comprensión de la polarización afectiva que envuelve y atraviesa a la Argentina actual, y de la cual Javier Milei es uno de sus principales síntomas y promotores. A través de datos producidos a los efectos de este estudio, buscaremos iluminar el subsuelo afectivo de los antagonismos políticos que (des)ordenan la vida pública argentina.

2. La polarización

Antes de presentar los resultados de nuestro estudio, haremos una aproximación conceptual al tema en línea con un artículo anterior donde presentamos estas cuestiones con mayor desarrollo y elaboración (Ramírez y Falak, 2023). El acceso a los números requiere sobrevolar antes los conceptos y marcos teóricos que les dan sentido.

El concepto de polarización política viene siendo objeto de creciente interés y ha suscitado definiciones muy variadas. Reconociendo la heterogeneidad de perspectivas, nos interesa pensar la polarización, en primer lugar, como el «retorno» del desacuerdo ideológico al centro de gravedad de la competencia política. En culturas políticas muy diversas se observa que la oferta electoral y segmentos de la sociedad intensifican su diferenciación ideológica¹. Un segundo aspecto destacado de la polarización contemporánea alude a la dicotomización del campo sociopolítico, asociado con la configuración de un «nosotros» y un «ellos» como modo rector de la vida política (Mouffe, 1993; Casullo, 2019). En resumen: los procesos de polarización son aquellos en los que el *gap* ideológico aumenta y, asimismo, se dicotomiza.

Desde otro punto de vista, la polarización también puede ser definida como la soledad y el vaciamiento del centro político. Durante décadas la ciencia política había estado dominada por el paradigma del *rational choice*, cuya tesis central proponía la desideologización de la competencia política en favor de lazos más transaccionales entre electores y partidos. La polarización política rompe con aquella dinámica centrípeta en la que oferta y demanda tendían «amablemente» hacia el centro.

Ahora bien, la polarización política no trata únicamente sobre competencias electorales y desacuerdos ideológicos. La polarización política es un concepto complejo en el que interactúan esferas y dimensiones muy variadas. Diferentes estudios fundamentales de esta agenda de investigación muestran que no resulta sencillo distinguir las fronteras entre los aspectos tan heterogéneos que forman parte del fenómeno (por ejemplo, Webster y Abramowitz, 2017). Considerando el conjunto de dimensiones implicadas en los procesos de polarización, nos permitimos formular una propuesta de definición abarcadora. Concebimos la polarización en términos de: contradicciones sociales, desacuerdos ideológicos, rupturas cognitivas² y hostilidades afectivas, políticamente dicotomizadas. Si bien los hallazgos empíricos que presentaremos más adelante forman parte de un «recorte afectivo» del tema, no debe perderse de vista que se trata de un fenómeno múltiple, en el que

1. La experiencia norteamericana ha sido la más estudiada con relación al creciente *gap* ideológico que fue dividiendo a votantes demócratas y votantes republicanos durante las últimas décadas. Levitzky y Ziblatt plantean el proceso en términos de clasificación de los votos por ideología. Observan que desde 1965, la filiación a uno de los dos partidos se convierte cada vez más en un predictor de una cosmovisión del mundo crecientemente diferente a la propia de los votantes rivales (Levitzky y Ziblatt, 2018).

2. Al incorporar la noción de «rupturas cognitivas», seguimos las reflexiones de Marc Angenot, quien en su texto «Diálogo de sordos: tratado de retórica antilógica» (2016) reflexiona sobre el rol del lenguaje en los fenómenos de dicotomización que estamos analizando. En resumen, la idea de «cortes cognitivos», es la diferencia entre que la opinión del «otro» nos parezca errada y que nos parezca abiertamente «irracional». En contextos de polarización, la opinión del rival nos resulta racionalmente inválida.

cada una de sus dimensiones se ve intrínsecamente vinculada con el resto, influyéndola y siendo influida de manera recíproca, continua y circular, tal y como buscamos representar a través de la Figura 1.

Figura 1. Elementos constitutivos y configuración de la polarización política.



Fuente: elaboración propia

Los estudios sobre la polarización afectiva dialogan con antiguas reflexiones concernientes a la *naturaleza* y al estatuto de los afectos como motores de la dinámica política que condicionan el debate público en general. En el encuentro entre estas dos agendas (polarización y rol político de las emociones) se desarrolla el subgénero del que nos ocuparemos a continuación: la polarización afectiva.

Los estudios sobre polarización afectiva giran alrededor de un enigma: ¿cuál es el papel de los afectos y de las emociones en los procesos contemporáneos de dicotomización beligerante del campo sociopolítico? Antes de examinar algunas definiciones de la literatura académica reciente, quisiéramos enmarcar el tema dentro de una larga tradición relativa al modo en que la filosofía política y la teoría democrática han pensado el vínculo entre razón y pasiones, el modo en que ha sido pensado el rol de las emociones en el debate público. En este tema, seguimos las reflexiones del intelectual francés Frédéric Lordon, quien resume, a través de una pregunta, uno de los planteos recurrentes que atraviesa a este campo de estudios

¿No es la política, en su idea más noble, cuestión de argumentos, principios y valores, esto es algo muy distinto a las erupciones de afectos que vienen a distorsionar su ideal de comunicación? (Lordon, 2017:33).

Habitualmente, los abordajes sobre polarización ponen el foco sobre el creciente *gap* ideológico entre diversos segmentos de la opinión pública.

Considerando el caso norteamericano como ejemplo, el fenómeno consistiría esencialmente en el incremento de los desacuerdos sobre asuntos públicos entre demócratas y republicanos. Iyengar, Sood y Lelkes (2012) proponen un camino que toma distancia de la herencia iluminista de la que Lordon aconsejaba desprenderse si se quiere ingresar al «mundo de los afectos políticos». De acuerdo con Iyengar *et al.* (2012), el elemento más constitutivo del proceso de polarización no surge tanto del «habitual» registro de la «distancia ideológica» o programática entre segmentos, sino que el corazón de la polarización contemporánea se anuda en las percepciones y miradas hacia «el otro» (político) que van tejiendo las hostilidades afectivas entre grupos. Sobre este punto, Rojo-Martínez y Crespo-Martínez afirman: «lo que hace diferente a la polarización afectiva es su componente socioemocional, generador de desconfianza, sesgos, hostilidad y discriminación entre personas según su identidad política» (2023:42).

En consecuencia, resulta insuficiente acreditar diferencias en las opiniones políticas; lo constitutivo de un paisaje polarizado alude a las miradas –siguiendo los textos fundadores de Lippman (2003), estereotipadas y moralizadas– entre diferentes actores sociales, dotados de identidad. Se trata de un juego de miradas (sobre los «propios» y sobre los «otros») propias de cualquier identidad social, apoyada siempre sobre un componente de autoafirmación y sobre un elemento negativo de alteridad y contraste con un otro que es constitutivo, negativamente, de lo que somos o creemos ser.

La escena política regida por la «ley de la polarización» implica fuertes desacuerdos ideológicos que no pueden ser ignorados, pero que no son suficientes para explicar el conjunto de aspectos implicados en la polarización. Lo que define la dinámica polarizadora no es tanto el *gap* ideológico, sino la distancia social, afectivamente teñida y motivada. Iyengar y otros entienden que esta dimensión aporta una mejor perspectiva desde la cual evaluar los procesos de polarización. Los autores proponen:

Un indicador alternativo, y desde nuestro punto de vista, más diagnóstico, de la polarización de masas es la medida en que los partidarios se ven unos a otros como un grupo externo desagradable. La prueba definitiva de la identidad social requiere no solo un sentimiento positivo hacia el propio grupo, sino también un sentimiento negativo hacia aquellos que se identifican con grupos opuestos. Por lo tanto, en la medida en que la identificación partidaria represente una afiliación grupal significativa, la prueba más apropiada de polarización es la identidad afectiva, no ideológica (citado en Garrido, Martínez Rodríguez y Mora Rodríguez, 2021).

De acuerdo con este enfoque, la polarización afectiva no sería un tipo particular de polarización política sino que se trataría de su rasgo más distintivo. La polarización política es, en esencia, un proceso que se pone en marcha gracias a la electricidad suministrada por los afectos políticos. Como hemos dicho, la polarización sin duda implica el «retorno de lo ideológico» como centro de gravedad de la competencia política; pero allí no termina la historia. En contextos de polarización, la diferencia ideológica entraña una intensa implicación emotiva por la cual la adhesión o rechazos políticos co-

mienzan a impregnar, ¿e interferir?, la interacción interpersonal de los ciudadanos o de distintos segmentos de la opinión pública.

Hemos hablado reiteradamente sobre la constitución dicotomizada de un «nosotros» y un «ellos», entre los cuales se tejen recíprocas representaciones negativas. Para conceptualizar esta constelación identitaria, resulta oportuno introducir la categoría de mega identidades partidarias. Mariano Torcal se refiere, ya no a identidades o grupos de pertenencia, sino a mega identidades articuladas a partir de la mezcla y convergencia de diversas identidades que se sintetizan para conformar grupos sociales más amplios (Torcal, 2023). Lo fundamental del concepto reside en su carácter «no partidario»: no se limitan a visiones programáticas, sino que aglutinan identidades y clivajes sociales para agruparlos en bloques más amplios que se segmentan según líneas de división partidaria. La textura plural de la trama social se simplifica a través de «*el clivaje de los clivajes*» o, en los términos de Sean Westwood *et al.* (2018), elaborando «*the tie that divided us*». En este punto surge nuevamente la relevancia del aspecto agonal, esto es: la mera diferencia (por ejemplo, entre dos mega identidades que coexisten) no alcanza para constituir una escena de polarización. En palabras del propio Torcal, ella se desarrolla

cuando esos sentimientos de apego van acompañados de la acción de los partidos propiciando grupos partidistas más homogéneos respecto de otras identidades (...) generan unas megaidentidades psicológicas que dividen a la ciudadanía según las líneas partidistas, lo que tiene serias implicaciones para el pensamiento, el comportamiento y las emociones de los distintos grupos partidarios (Torcal, 2023: 41-42).

Antes de avanzar, dejaremos planteada una posición analítica. Concebimos al nexo entre la hostilidad afectiva y la disidencia ideológica como una interacción circular que empuja a unos y otros hacia el «polo opuesto», desatándose una fuerza que segrega y vacía el centro discursivo y electoral.

En consecuencia, una profunda comprensión de la polarización política exige no solo la identificación de los *issues* polarizantes que ya han sido estudiados por otros especialistas para el caso argentino (Kessler y Vommaro, 2021) o el componente ideológico de la competencia política (Ramírez y Casullo, 2021). La dimensión afectiva resulta insoslayable e indispensable para componer el retrato de una sociedad polarizada. En el próximo apartado, ofrecemos piezas adicionales para completar ese retrato.

3. Polarización afectiva en la Argentina

El caso argentino resulta especialmente interesante para el estudio de los antagonismos políticos y de las hostilidades afectivas que los acompañan. En efecto, investigaciones comparadas (Edelman Trust Barometer, 2023: 18) sitúan a la Argentina como una de las sociedades más polarizadas de América Latina. Sin embargo, los trabajos específicamente dedicados a la caracterización del plano afectivo de los antagonismos políticos en el país son aún esca-

sos. Entre los aportes que empiezan a reparar esa ausencia, se debe señalar un artículo de Mariano Torcal y Emily Carty (2023), quienes subrayan la centralidad del eje peronismo-antiperonismo para comprender la configuración de las hostilidades afectivas en la política nacional. Por nuestra parte, en un reciente texto de 2023 formulamos un aporte para entender la polarización afectiva del país, explorando el universo emocional y afectivo de los votantes de Juntos por el Cambio y los volantes del Frente de Todos de 2021 (Ramírez y Falak, 2023). El escenario estudiado era anterior a la irrupción de Javier Milei y de LLA como actor político central de la competencia política argentina. Con Javier Milei transformado en presidente, y habiendo transitado varios meses del nuevo ciclo político, nos proponemos actualizar y profundizar aquella hoja de ruta.

A continuación presentaremos un conjunto de datos y hallazgos surgidos de un estudio destinado a iluminar empíricamente la estructura afectiva de la polarización política que impregna a la sociedad argentina. Nos apoyaremos sobre una medición cuantitativa de opinión pública realizada en el ámbito de la Provincia de Buenos Aires, donde reside el 37% de la población del país. La encuesta se llevó adelante de manera *online* entre el 25 y el 29 de julio de 2024 a través una muestra estratificada por zona de 1.500 casos, con un nivel de confianza de 95% y un error muestral del $\pm 3,3\%$, y luego ponderada por sexo, edad y nivel educativo.

Los indicadores que compartiremos permiten examinar diferentes dimensiones de la polarización afectiva, tales como los niveles de segregación partidista, las hostilidades afectivas dirigidas a los votantes adversarios y las emociones políticas suscitadas en torno a los principales liderazgos políticos del país. Haremos especial hincapié sobre tres aspectos: la mayor o menor asimetría entre las hostilidades afectivas observadas en los dos grandes segmentos del electorado argentino, clasificados en función del voto en el balotaje, la presencia del odio como emoción política y lo que llamaremos la «geografía del odio», esto es: el análisis de la distribución del odio entre los diferentes segmentos demográficos que componen la opinión pública. Más allá de las simpatías o antipatías políticas que estructuran el desacuerdo, buscaremos aportar una respuesta empírica al siguiente interrogante: ¿cuáles son los segmentos demográficos que manifiestan mayores niveles de odio hacia el líder político adversario? El examen del odio como «afecto político» central de la escena política contemporánea nos interesa especialmente en virtud de su relación con la erosión democrática que se viene observando en distintos países. La hipótesis que subyace en nuestra indagación sostiene que el odio no es una emoción política inocua, sino más bien un *driver* emocional en ascenso que tensiona la convivencia y ejerce un impacto corrosivo sobre el debate público democrático.

La estrategia que transitamos en el tratamiento de los datos privilegia la evaluación comparada de las percepciones, actitudes y opiniones que registramos en los dos principales electorados de la sociedad argentina: los votantes de Unión por la Patria *vis-à-vis* los votantes de La Libertad Avanza. No nos detendremos sobre los resultados agregados de la opinión pública, sino en la comparación de los dos segmentos, recortados en función de su comportamiento electoral en la segunda vuelta presidencial. Nos interesa describir y formular esbozos interpretativos sobre las convergencias y contrastes entre

los dos grupos; conocer los afectos políticos subyacentes que movilizan sus opiniones y radiografiar la dirección e intensidad de tales emociones políticas. En definitiva, buscamos explorar la anatomía afectiva de la política argentina como dimensión indispensable para conocer el espacio público contemporáneo. Una pregunta fundamental nos acompañará a lo largo del texto y de los datos: ¿la polarización afectiva que «une y separa» a votantes de UP y de LLA es simétrica? ¿Se rechazan con la misma intensidad? A modo de anticipo y síntesis, señalamos que en todas las variables incluidas en nuestro estudio registramos marcados desniveles en las actitudes, opiniones y emociones de los dos subuniversos analizados.

Finalmente, una aclaración: el alcance bonaerense exige prudencia a la hora de «exportar» las descripciones y conclusiones al conjunto del país. De cualquier manera, dada la dimensión de la Provincia de Buenos Aires y su heterogeneidad, las dinámicas de opinión allí registradas suelen aproximarse –con algunos desvíos– a los procesos experimentados a escala nacional.

4. Los datos y las emociones

Abordaremos primero la *endogamia electoral*, concepto próximo a la noción de *segregación partidista*, referido a la percepción de los ciudadanos con relación a la mayor o menor homogeneidad ideológica de sus círculo de afectos y relaciones más próximas. Los resultados (detallados en la Tabla 1) ilustran extendidos niveles de endogamia partidista y, asimismo, una visible asimetría al comparar los dos segmentos políticos examinados: entre los votantes de Javier Milei, la endogamia se encuentra acentuada. Veamos: el 48% de los electores bonaerenses de Unión por la Patria (UP) señala tener entre sus amistades o familiares algún votante de La Libertad Avanza (LLA), mientras que los votantes de La Libertad Avanza registran entornos partidarios menos heterogéneos, ya que solo un 37% afirma tener en su grupo de pertenencia un votante del bando contrario.

La hipótesis que nos acompaña a la hora de interpretar los datos concernientes a la endogamia partidista podría expresarse en estos términos: la endogamia está asociada –como causa y consecuencia– con mayores niveles de hostilidad e intolerancia y constituye un rasgo distintivo del espacio público digital, cuyas lógicas algorítmicas favorecen la segregación ideológica y la formación de cámaras de eco y/o filtros burbuja (Calvo y Aruguete, 2020). De entornos ideológicamente más homogéneos cabría esperar determinados efectos cognitivos y afectivos, tales como un agravado aislamiento cognitivo. En un espacio público altamente segregado «imperan las distancias, las desconfianzas mutuas, y los ciudadanos prefieren refugiarse en la zona de confort de los iguales antes que ingresar a un espacio de intercambios abiertos» (Quevedo y Ramírez, 2021: 27). Habitar un entorno social dotado de diversidad política entrena algunas de las destrezas actitudinales que requiere una cultura plenamente democrática.

Tabla I. Endogamia electoral agregada y segmentada por voto. «¿Tiene entre sus amistades y familiares más cercanos a alguien que haya votado al partido opositor al suyo?»*.

	Total	Votantes de Unión por la Patria	Votantes de La Libertad Avanza
Sí	43%	48%	37%
No	48%	42%	55%
No sabe	9%	10%	8%

*A los votantes de LLA se les consultó si tenían amistades o familiares que hayan votado por UP y a los votantes de UP se les preguntó si tenían amistades o familiares que hubieran votado por LLA.
Fuente: elaboración propia.

La polarización afectiva puede ser pensada como un juego de miradas sobre el otro. Retomando la imagen de retroalimentación circular que propusimos más arriba, una de las causas y consecuencias de las hostilidades afectivas concierne al tipo de representación que media nuestra relación con los adversarios. Solo podemos experimentar una intensa aversión por aquello que se nos presenta bajo una forma desagradable u odiosa. Aquí es donde los procesos «lippmanianos» de representación moralizada y estereotipada de la realidad desempeñan una función determinante. A modo de conjetura, planteamos la posibilidad de un nexo causal entre la endogamia electoral y la representación estereotipada (y demonizada) de aquel o aquella que vota a nuestro rival político.

Examinamos esta dimensión a través de una pregunta orientada a capturar el grado de adhesión que suscita una representación extremadamente negativa y amenazante del votante adversario. En este punto estamos próximos al corazón de la polarización afectiva ya que este indicador revela cuán extendida se encuentra la percepción del *out-group*, ya no como un colectivo que piensa y vota diferente, sino como peligro y amenaza. En este caso, como amenaza a la democracia. Resulta evidente que percibir a quienes votan por el partido adversario como peligros democráticos representa una señal de extrema hostilidad afectiva. En efecto, la demonización del adversario constituye una parte fundamental en la conformación de grupos, identidades y construcción tanto de un «nosotros» como de un «ellos» (Tajfel y Turner, 1979).

Nuevamente los datos revelan dos fenómenos que tienden a repetirse: una extendida hostilidad afectiva tiñendo la atmósfera política de la sociedad argentina y una diferencia importante entre los electores de LLA y de UP con respecto a la intensidad de las aversiones. Al consultar si los votantes del espacio político adversario entrañan una «amenaza para la democracia», el 51% de los electores de UP se pronunció de acuerdo, es decir: la mitad de los votantes «peronistas» percibe a los votantes «mileistas» como un riesgo. Por su parte, el 70% de los electores de la LLA señalaron a los votantes peronistas como un peligro para la democracia (ver Tabla II). Percibir al otro (político) como un peligro adquiere consecuencias relevantes a la hora de pensar la disposición a la convivencia democrática, el respeto a la oposición y la valoración del diálogo político. La diferencia, el desacuerdo, aquí no aparecen como constitutivos de la democracia, sino como su amenaza.

Tabla II. Percepciones estereotipadas del votante adversario. «¿Se encuentra de acuerdo o en desacuerdo con la siguiente frase...?».

	Votantes de Unión por la Patria	Votantes de La Libertad Avanza
«Los votantes de Unión por la Patria son una amenaza para la democracia»	-	70%
«Los votantes de La Libertad Avanza son una amenaza para la democracia»	51%	-

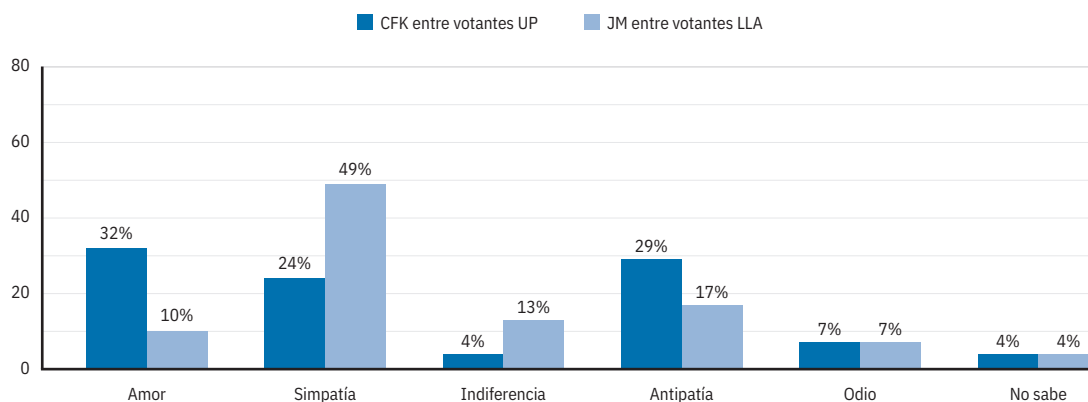
Fuente: elaboración propia.

Ya examinamos las características, más o menos homogéneas, de los entornos ideológicos de ambos electorados y las miradas cruzadas y estereotipadas que mantienen entre sí estas dos «mitades» de la sociedad argentina. Ahora ingresaremos al núcleo de la polarización afectiva a través de un indicador dedicado a medir los sentimientos que suscita el líder/candidato propio y el líder/candidato adversario. Este indicador resulta relevante por múltiples razones: nos permite conocer mejor a cada uno de los grupos, interpretar los elementos afectivos que los aglutinan y también detectar los ingredientes emocionales con los cuales construyen la imagen de «los otros». Este indicador hace posible espiar «por dentro» la estructura afectiva de las adhesiones y aversiones. Al respecto, es importante enfatizar que la intensidad representa un aspecto central en los fenómenos sociopolíticos. En algún sentido, la dimensión afectiva de la polarización política alude esencialmente a un asunto de intensidades. Opciones en favor y en contra hay siempre (y son, de hecho, deseables), pero en un escenario polarizado tales adhesiones y rechazos adoptan una intensidad excepcional y, muchas veces, inflamable.

Empezaremos comparando el tipo de adhesiones que suscitan en «sus» respectivos electorados el actual presidente Javier Milei y la expresidenta Cristina Fernández de Kirchner. Luego de revisar el tipo de respaldos, nos aproximaremos a un aspecto central de la polarización política contemporánea: los rechazos.

Al observar los sentimientos respecto al propio líder, irrumpe una diferencia importante. Los votantes libertarios manifiestan un tipo de adhesión más apoyada sobre la «simpatía» que sobre el «amor». Por el contrario, los votantes de UP manifiestan un tipo de adhesión regida en primer lugar por el «amor» y luego por la simpatía. Traducido en números: mientras que el 49% de los votantes de LLA declara «simpatía» por Milei y un 10% expresa «amor», entre los votantes de UP la distribución se invierte: el 32% manifiesta «amor» por Cristina Fernández y el 24%, «simpatía». En otras palabras, el respaldo por Cristina Fernández de Kirchner es sentimentalmente más intenso que el respaldo positivo que inspira Javier Milei entre sus propios votantes (ver Gráfico 1).

Gráfico 1. Sentimientos que suscita el líder del espacio entre los votantes del mismo espacio.
 «¿Qué sentimiento le despierta el principal dirigente del frente electoral al que votó en las últimas elecciones?».

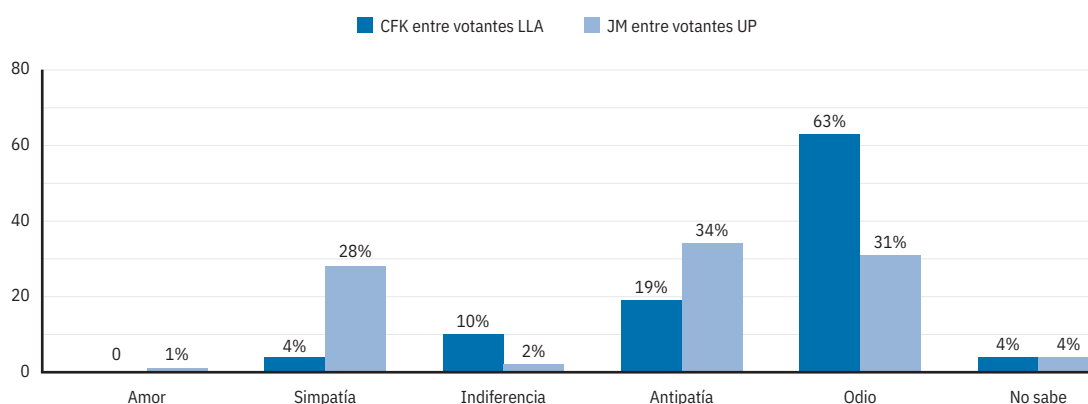


Fuente: elaboración propia.

Pero las identidades políticas y las preferencias electorales no se hacen únicamente de adhesiones al líder/candidato propio, sino, y cada vez más, en función de las aversiones que nos separan del espacio adversario. Al respecto, en los últimos años ha crecido el interés por el *partidismo negativo*, es decir, por el aspecto negativo –ligado al contraste– de las adhesiones, identidades políticas y comportamiento electoral. El partidismo negativo podría ser resumido de la siguiente manera: «Soy lo que rechazo, soy aquello que no soy». Años atrás, cuando un ciudadano decidía su voto en virtud más del rechazo que del entusiasmo o interés que le despertaba la opción elegida solía hablarse de «voto estratégico», como un desvío del «voto normal» que consistiría en elegir a aquel candidato que más nos gusta. Sin embargo, en un contexto regido por el partidismo negativo, el candidato que más nos gusta puede o suele ser precisamente aquel que expresa la cosmovisión que no nos gusta, aquel que representa lo que rechazamos. Este fenómeno se encuentra íntimamente vinculado con transformaciones de las campañas electorales y de la retórica política en general, en las que el objetivo central ya no pasa tanto por la búsqueda de adhesiones, sino más bien por la intención deliberada de gestionar los rechazos y las aversiones. Decididamente, polarización afectiva y partidismo negativo mantienen un estrecha afinidad electiva.

Haremos ahora un ejercicio similar evaluando el peso que tienen la antipatía y el odio a la hora de explicar y «expresar» el rechazo por el antagonista. Los datos del Gráfico 2 ilustran otra vez pronunciados desniveles, en este caso, en la elaboración del rechazo que formulan los votantes de LLA hacia Cristina Fernández y los votantes de UP hacia Javier Milei. El 63% de los votantes libertarios expresaron sentir odio hacia la ex presidenta mientras que un 19% se inclinó por la categoría «antipatía». En la vereda de enfrente encontramos que el 34% de los votantes de UP siente antipatía por el líder de LLA mientras que un 31% manifiesta abiertamente experimentar «odio» hacia el presidente de la nación.

Gráfico 2. Sentimientos que suscita el líder del espacio entre los votantes del espacio adversario. «¿Qué sentimiento le despierta el principal dirigente de la fuerza opositora a la que votó en 2019?».



Fuente: elaboración propia.

Más allá de la diferente combinación de odio y antipatía como vectores de la aversión, volvemos a advertir un fenómeno que también habíamos detectado en anteriores estudios (Ramírez y Falak, 2023): nos referimos a la «ausencia», o presencia marginal, de la indiferencia. Esta ausencia puede ser interpretada como un síntoma de un paisaje afectivamente polarizado. La «indiferencia» es una emoción ausente en la composición de los antagonismos políticos que estamos abordando. Alejado de la «indiferencia desafectada», el ecosistema político actual aparece fuertemente cargado afectivamente, intensamente *afectado* y electrificado en buena medida por la ira, el rencor y el odio, las «pasiones tristes» sobre las que reflexiona el sociólogo francés Francois Dubet (2020).

Para finalizar, presentamos la Tabla III, que reúne los «extremos sentimentales» (amor y odio) expuestos en los dos últimos indicadores revisados, relativos a las intensidades de la adhesión al candidato propio y del rechazo al candidato rival. A través de este ejercicio, que denominamos «saldo afectivo», nos interesa favorecer una descripción comparada de la anatomía afectiva de los dos sectores de la opinión pública argentina estudiados. La tabla muestra la diferencia entre el amor manifestado en torno al líder/candidato «propio» del espacio elegido y el odio dirigido hacia el líder/candidato ajeno y/o adversario. Los dos «saldos afectivos» presentan una coincidencia: la suma de amor y de odio –extremos sentimentales– capturan la mayor parte de las emociones que desarrollan ambos sectores. Las categorías menos «apasionadas» como simpatía, antipatía e indiferencias quedaron relegadas en ambos grupos por la abrumadora presencia de estos dos sentimientos dicotómicos que en su alteridad componen el eje «te amo, te odio». Si bien ambos universos lucen intensamente «afectivizados», presentan saldos afectivos divergentes.

Los votantes de Unión por la Patria reparten «amor» por CFK y «odio» por Milei en proporciones similares, 32% y 31% respectivamente. En el electorado que votó por Javier Milei en el balotaje la situación es muy diferente: el «amor» al candidato votado asciende al 10% mientras que el odio hacia

Cristina Fernández escala hasta el 63%, lo cual configura un «saldo afectivo negativo» de -53pp.

Tabla III. Saldo afectivo comparado en torno a liderazgos.

Peso relativo de extremos afectivos		
	Votantes del Unión por la Patria	Votantes de La Libertad Avanza
Amor al líder del espacio votado*	32%	10%
Odio al líder del espacio adverso**	31%	63%
Saldo afectivo (diferencia puntos porcentuales entre amor y odio)	1pp.	-53pp.

*A votantes de LLA se les consultó el amor que promovía en ellos Javier Milei. Y a los electores de UP, el amor que tenían a Cristina Fernández de Kirchner.

**A los votantes de LLA se les consultó el odio que sentían por Cristina Fernández de Kirchner. Y a los electores de UP, el odio dirigido hacia Javier Milei.

Fuente: elaboración propia.

Esta revisión acredita una potente asimetría en la polarización afectiva: el electorado libertario aparece como más endogámico, demoniza más a quien no vota como él, y experimenta emociones negativas más extremas y en mayor proporción que los votantes de UP.

5. La geografía del odio

Este apartado final está dedicado a profundizar el examen sobre el lugar del «odio» como fundamento emocional del rechazo por el adversario. Ya hemos podido acreditar el carácter asimétrico que distingue a la polarización afectiva argentina, comprobando que los votantes de LLA expresan una hostilidad beligerante más intensa que la recibida por parte de los votantes de UP. Ahora bien, tales aversiones afectivas y sentimientos no se manifiestan de igual manera en todos los segmentos sociodemográficos. Las posibilidades de encontrar «odio» difieren en forma significativa en función de la edad, el género y el nivel educativo de los ciudadanos. Surgen entonces dos preguntas importantes: ¿el odio se agudiza en los mismos segmentos en ambos universos partidarios? De ser así, estaríamos registrando una suerte de nexo intrínseco entre el odio y determinadas categorías demográficas de la sociedad más allá de las inclinaciones ideológicas. En otras palabras, ¿las variables demográficas predicen la aparición del odio de igual manera para votantes de UP y votantes de LLA?

Existe una coincidencia y fuertes contrastes: tanto en los votantes de LLA como en los votantes de UP el odio no se distribuye de manera transversal, sino que oscila fuertemente al interior de los diferentes segmentos.

Entre los votantes de LLA, el odio hacia Cristina Fernández se acentúa de manera pronunciada para los hombres, los jóvenes y los sectores de ni-

vel educativo más bajo del electorado libertario. En el universo electoral de Unión por la Patria, la geografía del odio es muy diferente. Entre los votantes peronistas, el odio aumenta a medida que aumenta la edad y se suaviza entre los jóvenes. Asimismo, los votantes de UP de niveles educativos más altos son aquellos que expresan los niveles de odio más extendidos. Con respecto al género, en el ecosistema peronistas no muestra un impacto significativo a la hora de predecir más o menos odio. Para mayor detalle, adjuntamos las Tablas IV y V.

Tabla IV. Hostilidad afectiva hacia Cristina Fernández de Kirchner entre votantes de LLA según sexo, edad y nivel educativo.

Sentimientos hacia CFK entre los electores de La Libertad Avanza										
	Total	Sexo		Edad				Nivel educativo		
		M	F	16-29	30-45	46-60	60+	Bajo	Medio	Alto
Amor	0%	0%	0%	0%	0%	0%	0%	0%	0%	0%
Simpatía	4%	1%	8%	6%	4%	4%	2%	2%	5%	4%
Indiferencia	10%	9%	13%	10%	16%	4%	11%	5%	12%	14%
Antipatía	19%	19%	20%	10%	13%	29%	37%	12%	21%	26%
Odio	63%	70%	54%	68%	67%	63%	49%	80%	56%	55%

Fuente: elaboración propia.

Tabla V. Hostilidad afectiva hacia Javier Milei entre votantes UP según sexo, edad y nivel educativo.

Sentimientos hacia Javier Milei entre los electores de Unión por la Patria										
	Total	Sexo		Edad				Nivel educativo		
		M	F	16-29	30-45	46-60	60+	Bajo	Medio	Alto
Amor	1%	2%	0%	0%	4%	0%	0%	0%	4%	0%
Simpatía	28%	31%	25%	62%	45%	3%	0%	60%	2%	0%
Indiferencia	2%	2%	2%	0%	0%	3%	5%	2%	1%	3%
Antipatía	34%	35%	32%	19%	24%	44%	48%	13%	55%	41%
Odio	31%	30%	33%	5%	26%	48%	46%	19%	35%	46%

Fuente: elaboración propia.

Los hallazgos parecieran demostrar, o al menos sugerir, que las posibilidades de elaborar y expresar odio hacia el adversario no dependen de las variables «duras» –asociadas con los clivajes clásicos de la sociología política– sino que surgen fundamentalmente de los clivajes ideológicos que estructuran y segmentan el campo político contemporáneo. Tales hallazgos se ajustan conceptual y empíricamente a los datos y tesis formulados por Sean

J. Westwood *et al.* (2018) en «The Tie That Divides: Cross-National Evidence of the Primacy of Partyism», donde los autores demuestran un fenómeno tan novedoso como contraintuitivo: el antagonismo ideológico-partidario es el eje que organiza los rechazos y los desacuerdos, el eje que organiza las pasiones políticas, mucho que más que las diferencias étnicas, religiosas o de clase que solían ser pensadas como centro de gravedad sociales de las segmentaciones políticas.

El estudio presentado nos impide establecer si en Argentina la polarización se viene acentuando o atenuando. Lo que sí estamos en condiciones de afirmar, apoyados sobre toda la evidencia empírica producida y desplegada, es que nuestro país experimenta actualmente un intenso estado de polarización afectiva y que las hostilidades afectivas hacia el adversario no son simétricas sino que están significativamente más extendidas y acentuadas en el electorado de LLA.

6. ¿Por qué odiamos la democracia?

Para finalizar, quisiéramos formular algunos interrogantes que podrían organizar una hoja de ruta de debates y estudios sobre la cuestión que hemos abordado.

¿La polarización política «hace bien» a la democracia o, por el contrario, la erosiona? ¿La polarización afectiva incuba inexorablemente mayores niveles de odio político entre los sectores de la sociedad que se dividen en torno a las fronteras partidarias y/o político ideológicas? ¿El odio político es compatible con la cultura democrática? ¿Por qué en reiterados estudios realizados en países muy diversos, el electorado de «derecha» presenta una mayor predisposición hacia la intolerancia y exhibe dosis más intensas de hostilidades afectivas hacia sus rivales?

Con relación al primer punto, entendemos que la polarización política por sí misma no constituye una amenaza para la democracia. En efecto, el desacuerdo ideológico revitaliza el debate y la participación política. Cuando la opinión pública es incapaz de reconocer contrastes reales en su oferta electoral, la representación política se debilita y aumenta el cinismo ciudadano. La polarización política tiene un efecto virtuoso al permitir que las sociedades registren divergencias ideológicas y programáticas más nítidas. Sin embargo, la polarización política contemporánea no se limita a la organización del desacuerdo ideológico sino que se desarrolla esencialmente en el terreno afectivo. Ahora bien, no todos los afectos políticos tienen las mismas consecuencias. Resulta inquietante acreditar la extendida presencia del «odio» en las sociedades contemporáneas. Los desacuerdos políticos revitalizan la vida esfera pública, pero las hostilidades afectivas, agravadas por el aislamiento cognitivo propio del ecosistema digital, parecieran hacernos ingresar en un territorio riesgoso para la democracia. Al respecto, escenas políticas como las observadas recientemente en Estados Unidos y Brasil, resultan elocuentes respecto a tales riesgos.

Jennifer McCoy, Tahmina Rahman y Murat Somer (2018) conceptualizan estas situaciones en términos de «polarización perniciosa», cuando estas dinámicas escalan hasta tal punto que se desalienta el compromiso, el consenso, la tolerancia e incluso la interacción en los lados enfrentados de la polarización. Los ciudadanos pierden la confianza en las instituciones públicas y el apoyo normativo en la democracia puede declinar.

Las emociones políticas producen combustiones que nos empujan a actuar y se traducen en diferentes tipos de acciones. De acuerdo con el esquema conceptual propuesto por Elster, el odio como afecto estimula un tipo especial de acción: «hacer que el objeto del odio deje de existir» (2010: 172). En una línea similar a la planteada por McCoy *et al.*, Torcal (2023) sostiene, en su trabajo sobre España, que no toda polarización afectiva «es lo mismo». Es decir, existe un determinado tipo de afectividad más tóxica para la cultura democrática. Sin dudas, el odio como *driver* emocional de la acción política resulta incompatible con los valores y sensibilidades que requiere la convivencia democrática, aun con sus polémicas, desacuerdos y pasiones. En algún sentido, cuando odiamos a nuestro adversario, odiamos la democracia.

Referencias bibliográficas

- Angenot, M. (2016): «Diálogos de sordos: tratado de retórica antilógica». En A. Montero (comp.): *El análisis del discurso polémico: disputas, querellas y controversias*. Buenos Aires: Prometeo. pp. 39-53.
- Calvo, E. y Aruguete, N. (2020): *Fake news, trolls, bots y otros encantos. Cómo funcionan (para bien y para mal) las redes sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Casullo, M. (2019): *Por qué funciona el populismo. El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Dubet, F. (2020): *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Edelman Trust Barometer (2023): Reporte LATAM (en línea): https://www.edelman.lat/sites/g/files/aatuss296/files/2023-04/2023%20Edelman%20Trust%20Barometer%20Global%20Report%20Region_LATAM_T%20SPA.pdf
- Elster, J. (2010): *La explicación del comportamiento social*. Barcelona: Gedisa.
- Garrido, A.; Martínez Rodríguez, M. y Mora Rodríguez, A. (2021): «Polarización afectiva en España». *Revista Más Poder Local*, (45): 21-40 (en línea). Recuperado de: <https://www.maspoderlocal.com/index.php/mpl/article/view/polarizacion-afectiva-en-espana-mpl45>
- Iyengar, S.; Sood, G. y Lelkes, Y. (2012): «Affect, Not Ideology». *Public Opinion Quarterly*, 76(3): 405-431. DOI: 10.1093/poq/nfs038
- Kessler, G. y Vommaro, G. (2021): «Polarización, consensos y política en la sociedad argentina reciente». Buenos Aires: Fundar (en línea). <https://www.fundar.ar>
- Levitsky, S. y Ziblatt, D. (2018): *Cómo mueren las democracias*. Barcelona: Ariel.
- Lippmann, W. (2003): *La opinión pública*. Madrid: Cuadernos de Langre.

- Lordon, F. (2017): *Los afectos de la política*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- McCoy, J.; Rahman, T. y Somer, M. (2018) «Polarization and the Global Crisis of Democracy: Common Patterns, Dynamics, and Pernicious Consequences for Democratic Polities». *American Behavioral Scientist* 2018, 62(1): 16-42. DOI: 10.1177/0002764218759576
- Mouffe, C. (1993): *El retorno de lo político*. Barcelona: Paidós.
- Quevedo, L. y Ramírez, I. (2021): «Claves del enfrentamiento político en la Argentina reciente». En L. Quevedo e I. Ramírez (coord.): *Polarizados. ¿Por qué preferimos la grieta? (aunque digamos lo contrario)* Buenos Aires: Capital Intelectual. pp. 7-27.
- Ramírez, I. y Casullo, M. (2021): «Anatomía de la polarización argentina». En L. Quevedo e I. Ramírez (coord.): *Polarizados. ¿Por qué preferimos la grieta (aunque digamos lo contrario)*. Buenos Aires: Capital Intelectual. pp. 29-60.
- Ramírez, I. y Falak, A. (2023): «‘Te amo, te odio: dame más’. Polarización afectiva en la opinión pública argentina». *Revista SAAP*, 17(2), noviembre 2023: 361-397. DOI: 10.46468/rsaap.17.2.a6
- Rajo-Martínez, J. M. y Crespo-Martínez, I. (2023): «‘Lo político como algo personal’: una revisión teórica sobre la polarización afectiva». *Revista de Ciencia Política (Santiago)*, 43(1): 25-48. DOI: 10.4067/s0718-090x2023005000102
- Torcal, M. (2023): *De votantes a hooligans. La polarización política en España*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- Torcal, M. y Carty, E. (2023): «Populismo, ideología y polarización afectiva en Argentina». *Revista Argentina de Ciencia Política*, 30(1): 128-157.
- Webster, S. W. y Abramowitz, A. I. (2017): «The ideological foundations of affective polarization in the US electorate». *American politics research*, 45(4): 621-647
- Westwood, J. et al. (2018): «The Tie That Divides: Cross-National Evidence of the Primacy of Partyism». *European Journal of Political Research*, 57(2): 333-354. DOI: 10.1111/1475-6765.12228



©Derechos del autor o autores. Creative Commons License. Este artículo está bajo una licencia internacional Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0.
©Copyright of the author or authors. Creative Commons License. This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License.